

Arquitectura sin arquitectos

La arquitectura campesina del bahareque en Caldas. El caso de Pueblo Rico

JORGE ENRIQUE ROBLEDO Y
GILBERTO FLÓREZ RESTREPO
El Áncora, Bogotá, 2016, 179 pp, il.

“ARQUITECTURA SIN arquitectos” es el enunciado guía de la investigación que el profesor Jorge Enrique Robledo Castillo ha venido realizando, desde hace un poco más de 25 años, alrededor del bahareque y otras formas constructivas, fenómenos sociales y procesos culturales en la región del Eje Cafetero colombiano. En esta ocasión, Robledo Castillo realizó un estudio de caso sobre el municipio de Pueblo Rico en el departamento de Caldas, en compañía del también profesor universitario Gilberto Flórez Restrepo, ambos arquitectos vinculados a la Universidad Nacional de Colombia, en la sede de Manizales.

Es importante ahondar un poco en esta investigación desde sus antecedentes. En 1993, Jorge Enrique Robledo publicó *Un siglo de bahareque en el antiguo Caldas* (El Áncora), documento que enfatiza en las calidades sismorresistentes de esta forma constructiva. Luego, en 1996, publicó: *La ciudad de la colonización antioqueña: Manizales*, una edición de gran formato, prologada por el reconocido arquitecto Alberto Saldarriaga Roa. En aquella ocasión, Saldarriaga advertía la importancia de los testimonios rescatados por Robledo: “Se trabaja todo como un tejido en el que los diversos temas se combinan formando un mosaico, riguroso en el manejo de sus fuentes y rico en su textura verbal” (p. 12). Hay que destacar de este libro que, para la época, representaba un aporte al reducido campo de la historia de las ciudades, y ayudaba a comprender no solo el fenómeno edilicio sino la manera como una ciudad intermedia se constituía en centro de difusión de la técnica del bahareque en toda la región del Viejo Caldas.

Desde finales del siglo XX, la curiosidad de Robledo en torno al contexto constructivo y arquitectónico

inmediato lo condujo a preguntas sencillas, pero absolutamente importantes. Ya en aquel libro sobre la ciudad de Manizales se percibía el interés por comprender el proceso de construir viviendas empleando técnicas ancestrales o vernáculas. Fue en ese punto de fusión, de lo indígena con lo español, donde aparecieron las tapias de adobe con insertos de varas de bambú o guadua, estos últimos abundantes en una región ubicada en el valle central colombiano, frondoso escenario vegetal cuyas tierras han sido óptimas para los cultivos de ladera con climas medios o templados. Es decir, una zona donde la temperatura media anual oscila entre 17 °C y 25 °C, a una altitud entre 1.200 y 2.100 metros; y en presencia de nubosidad intermitente, con un suelo abonado por cenizas de lava volcánica, resultado de la constante actividad geológica y sísmica de las montañas andinas.

Ese primer libro de Jorge Robledo (1993) es un tratado de construcción “a la colombiana” donde se rescata la labor artesanal de carpinteros y maestros de obra, quienes aprendieron las labores viendo “cómo se hacía” para luego llevarlo a la práctica y experimentar en la elaboración de las viviendas, haciendo de la construcción un flujo de conocimiento supremamente interesante, rico por su particularidad. Insinúa el autor que esta “arquitectura vernácula” resulta importante para el devenir arquitectónico por cuanto el proceder de quienes la configuran se aleja del influjo contaminado por referencias foráneas y colonizadoras; ese que acompaña a las disciplinas académicas, siempre institucionalizadas, pero marginales dado que sus discursos las distancian de las prácticas sociales que le dan cabida al surgimiento de lo popular como cultura.

En 2015, Robledo publicó *Bahareque en Manizales* (Hoyos Editores), una compilación de textos que cuenta con la participación de investigadores regionales como Pedro Felipe Hoyos Körbel y Fernando Macías Vásquez.

El libro que nos convoca, *La arquitectura campesina del bahareque en Caldas. El caso de Pueblo Rico*, reúne el murmullo de múltiples voces registradas mediante entrevistas, aspecto que le brinda un carácter etnográfico importante. Esos testimonios se hilva-

nan con un discurso que describe las diferentes maneras en que se resuelven los aspectos constructivos y prácticos del habitar, y además están acompañados de una gran variedad de planos y dibujos que resultan muy útiles para explicar la forma de las casas, sus tipologías, materiales empleados, implantación y composición geométrica.

Lo urbanístico se explica en consonancia con la valoración patrimonial que la Unesco le ha dado al Paisaje Cultural Cafetero del centro-occidente de Colombia y su arquitectura, al haberlo declarado Patrimonio Cultural de la Humanidad junio de 2011. Esta importante declaratoria es un logro de coterráneos, investigadores y gestores, quienes de manera persistente han venido construyendo un acervo cultural particular, creador de valores estéticos desde lo social y basado en la construcción de una economía sustentada en el trabajo agrícola; pero que además dialoga con el aprovechamiento de los recursos naturales en tanto elementos fundadores de un amplio espectro material e intangible, propio de la idiosincrasia de las gentes que colonizaron, desde el siglo XIX, unas tierras donde la minería ya no era el agente protagónico. Es con la ocupación de esos terrenos baldíos de la nación, y en la gesta de los colonos que conquistaron —por así decirlo— las tierras del valle centro-occidental de Colombia, cuando aparecen las bases de la actual cultura cafetera.

Ese proceso de reconocimiento del patrimonio incluye la bibliografía citada con anterioridad y elaborada con persistencia por el senador Robledo Castillo y otros pioneros de esta labor, como es el caso del profesor Néstor Tobón Botero (1933-1994) con el libro *Arquitectura de la colonización antioqueña* (Universidad Nacional de Colombia, 1987), el cual entra a ser cuestionado por los profesores Robledo y Flórez. El libro sobre el municipio de Pueblo Rico no pretende llenar un vacío historiográfico sobre conceptos vagos o apreciaciones generales de la cultura cafetera; al contrario, se percibe rápidamente que las intenciones de los autores son más de origen testimonial y menos de índole económica o sociológica, pues a lo largo de la lectura se va develando en sus líneas un grato interés por la antropología

cultural.

Robledo y Flórez también logran conducirnos, a través de la descripción histórica y geográfica, a una reflexión que resulta trascendente sobre la técnica o arte de construir casas empleando barro, a manera de tapias pisadas, para luego introducirnos en el bahareque y fijando la mirada siempre sobre la guadua como materia prima abundante y pilar o “suplefalta” de la arquitectura regional. En ese sentido, el texto evoca la tarea emprendida por el arquitecto Dicken Castro Duque (1922-2016), al tratar de valorar la guadua como material pero superando la idea de que son “simples varas vegetales” (*La guadua, un material versátil*, FES, 1984).

Es en este libro sobre Pueblo Rico donde Robledo y Flórez nos indican que la guadua ha sido reemplazada por maderas rollizas, como el arboloco y otras, las cuales empezaron a generar una forma de diferenciación social respecto a aquellas clases populares que encontraban en este tipo de *Bambusa* un material flexible y polivalente, tan importante a la hora de diseñar la estructura de una casa o de un “beneficiadero de café”, o como elemento fundamental para hacer los cerramientos de las viviendas. Como ejemplo —y es un punto nodal del libro—, aquel testimonio del señor Gregorio Ramírez, recogido por los autores y explicativo de la tendencia actual: antes “la parte del corredor toda era en guadua, pero ya cuando consiguen platica, entonces la gente cambia y les pone madera a las casas” (p. 41). Este testimonio, unido a otros similares, da cuenta del escaso conocimiento que existe aún del material, tópico que debe poner en alerta a las escuelas técnicas y profesionales para motivar investigaciones que versen, integralmente, sobre un material que ha sido utilizado de manera ancestral y eficiente por muchos pueblos en el ámbito constructivo y doméstico.

La lectura de este libro propone un reto, ampliar la cultura de la guadua, el bahareque y la tapia pisada como formas eficientes, rentables, económicas, pero a la vez potencialmente ricas en cuanto a la manera como elaboran cultura regional y tejen socialmente procesos asociativos vinculados con la única forma de resistencia que tal vez

queda frente al capitalismo moderno, es decir, revalorar la capacidad que tienen los pueblos para autodeterminarse como habitantes y constructores de sus propias viviendas. No importa si los terrenos son propios, arrendados u ocupados, pues las técnicas constructivas artesanales surgen como una forma no invasiva de ocupación del territorio; si bien tienen cualidades estructurales, también se caracterizan por su proceso de envejecimiento progresivo y que exige al constructor hacer un mantenimiento esporádico de la obra, aspecto que redundará en sus calidades espaciales, estructurales y estéticas.

El texto nos recuerda que Colombia es el país con los índices más elevados de desplazamiento forzado en el mundo, y en esa medida resulta valioso difundir las técnicas constructivas ancestrales e indicar que son parte del patrimonio del campesinado

Ricardo Rivadeneira Velásquez

Profesor

Universidad Nacional de Colombia